

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)
Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en los Medios

Mirar la ciudad con otros ojos. Memorias e identidades



¿Cómo se vive la narcocultura en el Área Metropolitana de Guadalajara?
Clases sociales y la cultura del narco

PRESENTA

Larissa F. Sánchez Iñiguez
Licenciatura en Psicología

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías
Asesor: Andrés Villa Aldaco
Tlaquepaque, Jalisco, Otoño de 2018

ÍNDICE

REPORTE PAP	2
Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional	2
Resumen	2
1. Introducción	3
1.1. Objetivos	3
1.2. Justificación	3
1.3 Antecedentes	4
1.4. Contexto	9
2. Desarrollo	12
2.1. Sustento teórico y metodológico	12
2.2. Planeación y seguimiento del proyecto	29
3. Resultados del trabajo profesional	30
4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto	33
5. Conclusiones	35
6. Bibliografía	36
Anexos	

REPORTE PAP

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio-profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

El presente trabajo de investigación pretende dar cuenta de los aspectos que han hecho del narcotráfico mucho más que un negocio de estupefacientes o un sistema económico ilegal. Sus alcances han llegado a tal grado que actualmente la narcocultura puede ser también definida como un estilo de vida para una parte significativa de la población mexicana. La cultura del narcotráfico está presente en múltiples formas, que van desde materiales audiovisuales hasta la vestimenta, el lenguaje y las relaciones.

La fundamentación de este trabajo se compone de una exhaustiva búsqueda de artículos y materiales audiovisuales, así como de trabajo de campo en lugares de entretenimiento relacionados con el ambiente de la narcocultura, con el propósito de tener una experiencia más cercana con la gente que comparte este estilo de vida.

1. Introducción

1.1. Objetivos

Analizar qué relación tiene la narcocultura con el nivel socioeconómico de las personas que habitan en el Área Metropolitana de Guadalajara (AMG).

Indagar cuáles son los principales medios en los que la cultura del narcotráfico se manifiesta y de qué formas lo hace.

Identificar cuáles son las prácticas más frecuentes que se realizan en el AMG en relación con la cultura del narcotráfico.

Conocer las diferentes formas que existen de vivir la narcocultura según el tipo de acercamiento que tienen las personas con el ámbito del narcotráfico, ya sea como parte de ésta o como simpatizante o seguidor de su estética y maneras de ser.

1.2. Justificación

Es innegable que desde hace mucho tiempo el crimen organizado es uno de los protagonistas más escandalosos y temidos dentro del territorio mexicano. Esto se intensificó a partir del sexenio de Felipe Calderón en el año 2006, luego de dar inicio a la llamada “guerra contra el narcotráfico”, cuya estrategia trajo consigo violencia, estragos y pérdidas en los planos social, económico y político.

Para fines de la presente investigación indagaremos los factores que intervienen en que una parte significativa de la población mexicana se sienta atraída por la cultura del narcotráfico y los elementos que la caracterizan. Además, conocer qué ha hecho del narcotráfico una opción “viable y fructífera” para determinados sectores socioeconómicos, como una alternativa para convertirse en alguien que dispone de poder y toma las riendas, al igual que una imagen ostentosa que pone en evidencia ese poderío.

El mundo del narcotráfico posee su propio universo simbólico, el cual parte del prestigio, el poder y el honor. Los cárteles mexicanos se distinguen por hacer

uso de mecanismos que les permiten controlar territorios enteros a base de atentados y asesinatos tanto a figuras públicas como a ciudadanos en general, lo que les otorga un posicionamiento especialmente poderoso.

La figura del narcotraficante ha sido popularizada por múltiples medios y sus alcances llegan a personas de todos los estratos económicos. Los documentales, series, películas y canciones que se han realizado en relación con el mundo del narcotráfico son una muestra de las diferentes posturas y visiones que hay en torno de este estilo de vida. Algunas producciones se han hecho con el objetivo de honrar a las figuras del narcotráfico más influyentes de los últimos tiempos, mientras que otras, por el contrario, dejan clara su reprobación hacia esta cultura y sus representantes.

El presente documento busca profundizar y dar cuenta de las variaciones que existen entre las diferentes formas que hay de entender y vivir la cultura del narcotráfico según el acercamiento que se tenga con esta realidad, ya sea como miembro directo de una organización criminal o bien como alguien que únicamente se siente atraído por este ambiente.

1.3 Antecedentes

El tráfico de drogas es una de las muchas actividades empresariales ilegales que existen. Las actividades que componen el crimen organizado se han diversificado con el paso del tiempo, lo cual se traduce a la creación de un amplio mercado que no se limita a la compra y venta de sustancias narcóticas.

El crimen organizado surgió en México como una respuesta ante la prohibición y la estricta vigilancia que comenzó a realizarse en Estados Unidos con el fin de corroborar que las sustancias cumplieran con las normas vigentes del país durante el periodo de 1926 a 1940.

Inicialmente, la amapola y la marihuana eran las sustancias más conocidas y producidas en los mercados de drogas. En cuanto a la venta de heroína, ésta se llevaba a cabo por parte de los chinos, quienes empleaban a mexicanos para

contribuir con ellos; posteriormente, los mexicanos relegaron a los chinos y tomaron el control.

El negocio de la marihuana tenía una mayor producción que la heroína, ya que se distribuía en diversas zonas rurales, en donde productores y distribuidores se encontraban protegidos por amplias redes sociales, lo cual llevó a las organizaciones criminales a organizarse de manera que fuera posible exportar y controlar las principales rutas de acceso a Estados Unidos. Esto fue posible con la enorme capacidad de sobornar y manipular a las autoridades municipales y federales por parte de los grupos criminales. Fue desde ese punto como la violencia fungió como el principal factor de crecimiento de estas organizaciones, ya que, como se sabe, al tratarse de un mercado ilegal sus miembros han buscado imponerse por medio de la violencia, con el fin de generar temor y respeto hacia cualquier autoridad.

Este dominio por parte de las organizaciones delictivas fue posible debido a un Estado completamente incapaz de imponer el Estado de derecho, pues aunque fue un periodo en que se fundaron instituciones, en materia de seguridad y justicia el país se vino abajo.

En el periodo de 1940 a 1980 hubo un gran crecimiento en el consumo de heroína en Estados Unidos, mientras que en México lo hubo en los cultivos de amapola debido a la vinculación de los grupos políticos locales con organizaciones criminales. Agricultores, políticos locales, policías municipales, judiciales estatales y federales, estaban igualmente involucrados en el narcotráfico. Fue en este mismo periodo cuando surgieron los primeros cárteles fuertes, los cuales ya no solamente estuvieron bajo el mando de grupos políticos locales, sino también por integrantes de las instituciones policiales federales o militares, quienes se mantuvieron protegidos gracias al proceso de centralización gubernamental que se realizó en ese tiempo, ya que todas las decisiones públicas quedaron en manos del Estado.

El crecimiento del negocio se expandió hacia varios estados de la república, lo que generó violentos enfrentamientos entre los líderes de cada región, puesto que competían por apropiarse del liderazgo de las organizaciones; todos anhelaban tener mayor poder que sus contrincantes.

Durante el mismo periodo se dio inicio a la guerra contra el narcotráfico por parte del presidente Richard Nixon a finales de la década de los sesenta. Ante esto, el Partido Republicano expresó un discurso en el que se manifestaban los esfuerzos de la comunidad negra y de los jóvenes que luchaban por erradicar la guerra. Esto generó presión al gobierno mexicano para continuar con el combate a las drogas, además de propiciar una vinculación entre Estados Unidos y México, ya que por un lado se permitió la participación y el involucramiento de agentes norteamericanos en México para luchar contra las drogas, mientras que por otro, también se toleraba su producción (Montero, 2014 en Valdés, 2013).

En la década de los ochenta el grupo criminal más importante era el de Sinaloa, el cual estaba localizado en Guadalajara y por ello era denominado Cártel de Guadalajara. Esta organización estaba encargada de articular a múltiples agrupaciones regionales. Sin embargo, las organizaciones regionales se fortalecieron y comenzaron a enfrentarse por tratar de mantener el control de sus regiones, o bien por alcanzar el control de toda la organización. En este periodo la cocaína fue introducida a México por grupos colombianos, hecho que fortaleció a los grupos mexicanos que controlaban las rutas estratégicas para acceder a Estados Unidos.

En este mismo periodo, la organización de Sinaloa fue la responsable del asesinato en México del agente estadounidense de la Agencia Contra las Drogas (DEA por sus siglas en inglés) Enrique Camarena.

Camarena se encargó de alquilar un avión y contrató al piloto Alfredo Zavala para que se diera a la tarea de ubicar plantíos de marihuana y verificarlos desde el aire, y así, posteriormente, darle la información a las autoridades mexicanas. Fue entonces cuando ubicó un gigantesco plantío de marihuana en el municipio de Jiménez, en Chihuahua. Se trataba de un rancho llamado El Búfalo, propiedad de Caro Quintero, líder del cártel de Sinaloa, quien llegó a tener a su disposición una planta de diez mil trabajadores y una custodia militar. No obstante, esa información sobre el plantío obligó a las autoridades mexicanas a “descubrirlo” y a destruirlo.

Al enterarse de la acusación en su contra, Caro Quintero se propuso castigar a quien lo había apuntado. Perder el cultivo del rancho no sólo afectaba significativamente sus ingresos, también lo dejaba totalmente desprotegido y vulnerable. Durante los siguientes dos meses Quintero le siguió la pista, y a principios de 1985 hizo que sus hombres secuestraran a Camarena y a Zavala. Durante dos días fueron sometidos a un intenso interrogatorio para conocer sus fuentes y resguardar la seguridad de sus operaciones. El doctor Humberto Álvarez Machain era quien se encargaba de reanimarlos cuando la tortura llegaba al extremo de casi privarlos de la vida. Finalmente, el 9 de febrero fueron asesinados y ocultaron sus cadáveres lejos de Guadalajara. La desaparición de Camarena fue un suceso que indignó a la DEA y al gobierno estadounidense. La relación entre Washington y México se tensó aún más.

El gobierno de Estados Unidos comenzó el 16 de febrero la Operación Intercepción, que consistía en una revisión minuciosa de vehículos y personas que viajaban de un país a otro con motivos turísticos o de negocios.

El 22 de febrero llegó a Guadalajara un comando de la Policía Judicial Federal para detener a Caro Quintero por el secuestro de Camarena, que seguía desaparecido. Quintero se disponía a salir de la ciudad, fuertemente escoltado, por lo que los dos grupos se encontraron en el aeropuerto. Los judiciales argumentaron que les fue imposible detener al capo y su gente porque se identificaron con credenciales que les permitieron huir del país.

El 25 de febrero el presidente De la Madrid declaró lo siguiente: “La Policía Judicial Federal tuvo que reconocer que Rafael Caro Quintero, presunto narcotraficante y sospechoso del secuestro de Enrique Camarena, había huido en avión amparado por credenciales de la Dirección Federal de Seguridad y de la Policía Judicial de Jalisco”.

Como resultado de la fractura del cártel de Sinaloa surgieron una amplia variedad de organizaciones criminales. Los conflictos no se hicieron esperar por parte de las organizaciones de Ciudad Juárez, de Tijuana, del Golfo–Zetas, Los Valencia o Milenio, la Familia Michoacana, de Colima y de Sinaloa, destacando los conflictos por las plazas de Tijuana, Ciudad Juárez, Tamaulipas y Michoacán.

En 1986 Ronald Reagan, presidente de Estados Unidos, declaró la guerra contra las drogas, mientras que en 1987 el presidente de México, Miguel de la Madrid, reconoció al narcotráfico como la principal amenaza a la seguridad nacional. Aunado a esto, las crisis financieras de los ochenta también facilitaron la expansión del crimen organizado.

Ahora bien, aunque los sucesores de Miguel de la Madrid de igual forma declararon la existencia y las consecuencias del crimen organizado, no fue hasta el año 2006 cuando el presidente Felipe Calderón decidió evidenciar las cifras claras de este mercado ilegal y tomó una acción frontal en contra de las organizaciones criminales que acechaban el país, lo cual trajo consigo grandes implicaciones para la sociedad civil en todos los ámbitos, al no contar con una estrategia integral adecuada (Montero, 2014, en Valdés, 2013).

El narcotráfico no sólo trajo consigo eventos sanguinarios, también modos de vida vinculados con las prácticas más características en el negocio de los estupefacientes, lo que dio origen a la narcocultura.

Sánchez (2009, en Jiménez 2014, p. 79) sitúa el origen de la narcocultura en los años cuarenta, y explica cómo se llevó a cabo su consolidación como una “institución imaginaria” tres décadas después. De acuerdo con él, la narcocultura se originó en el municipio de Badiraguato, en la sierra de Sinaloa.

Expone que, posteriormente se industrializó la producción de amapola y marihuana, y así se hizo presente en las periferias de las ciudades, extendiéndose y re configurándose al mismo tiempo que se valía de algunos elementos de la ciudad y de otros países.

En la actualidad, es preciso decir que la población percibe a la narcocultura como un fenómeno sumamente arraigado en el país, incluso en aquellos sitios en los que anteriormente no se había presentado o lo había hecho débilmente. Esto fue y ha sido posible debido a la aceptación social y admiración que hay en relación con los valores vinculados al narco.

Por el mismo lado, se tiene que la narcocultura está presente en numerosos productos culturales que llegan a manos de una gran parte de la sociedad mexicana; los narcocorridos, las películas y las series de narcotráfico, los blogs,

entre otros medios son los que cada vez facilitan más el acceso a este contenido y lo hacen más digerible y atractivo al público.

1.4. Contexto

La lógica del crimen organizado, específicamente del narcotráfico, se ha modificado en los últimos años, y con ello, sus consecuencias y estragos se han agravado. La fragmentación de los cárteles a partir de la detención de los grandes capos, así como la diversificación de actividades y la extensión a nuevos territorios ha provocado un cambio en el negocio; la violencia y los eventos sangrientos han arrebatado la tranquilidad, incluso en sitios nunca antes pensados.

De acuerdo con el periódico *CNN Español* (2018) en el año 2017 México fue catalogado como el país más sangriento de los tiempos, esto según lo publicado por el Instituto Nacional de Estadística (INE), pues alcanzó un índice de 25 asesinatos por cada 100,000 habitantes. Estas cifras fueron aún más alarmantes que las registradas durante los peores años de la guerra contra el narco declarada por el expresidente Felipe Calderón durante su sexenio.

México atraviesa actualmente una situación muy diferente a la que vivió en la época de los grandes capos de la droga y la declaración de guerra contra el narcotráfico puesta en marcha por el expresidente Felipe Calderón. La estrategia de seguridad nacional, cuyo objetivo fue derrocar la cabeza de los cárteles más poderosos del país, como la detención de Joaquín *el Chapo* Guzmán, provocó, por un lado, una disputa entre los miembros de las organizaciones por obtener el liderazgo, además de una fragmentación de las bandas en grupos más pequeños, descentralizados y con intereses más allá de la venta de drogas. Esto explica el aumento notorio de la criminalidad en zonas tradicionalmente seguras y al margen de la ultraviolencia del narco, como Baja California Sur, Guanajuato y Quintana Roo.

“Ya no es sólo el narcotráfico, es el robo de combustible, la extorsión, el secuestro... Este cambio en el modelo de negocio hace que se dispersen a otras zonas. Antes estaba concentrado en las regiones de producción de drogas o cerca

de la frontera. Ahora cualquier lugar es bueno para el negocio”, explica el experto en seguridad Alejandro Hope, y añade que “la diversificación y expansión de los cárteles ha provocado el incremento de la violencia en el país, mientras que en 2010 el 24% de los homicidios se concentraban en Chihuahua y, concretamente, en el municipio de Ciudad Juárez; en 2017 no hay ni un solo Estado que concentre más de un 10% de los asesinatos; hay más muertes que en la plena guerra contra el narco y la muerte se ha extendido a nuevos territorios” (*CNN Español, 2018*).

En relación con esto, René González planteó recientemente una visión distinta, pues asegura que la violencia que hay actualmente en el país no está totalmente vinculada con el narcotráfico, sino que indirectamente se le tiende a relacionar con éste, debido al intento que hacen las personas que ejercen diferentes actividades delictivas por tener un estilo de vida similar al de los narcotraficantes, lo cual abarca todo tipo de simbologías, que van desde formas de vestir hasta la manera de relacionarse (González, comunicación personal, 2018).

Añade González (2018) que el sistema del narcotráfico es específicamente complejo, por lo que contrario a lo que se piensa, difícilmente tantos miembros podrían formar parte de éste, así, la multiplicidad de las actividades delictivas que hay en el país no pueden ser adjudicados completamente al narcotráfico, aunque sí a la influencia que tiene como un sistema ilegal de tal magnitud.

El presidente electo Andrés Manuel López Obrador anunció recientemente su estrategia para disminuir los índices de violencia en el país, la cual incluye una propuesta de ley de amnistía para todos los que se dediquen al narcotráfico —la cual ha sido fuertemente cuestionada y refutada. Su próxima secretaria de Gobernación, Olga Sánchez Cordero, ha manifestado su aprobación por la ley de amnistía y por la despenalización del uso lúdico de la marihuana.

En relación con la amnistía para autores de crímenes, explicó que la ley de amnistía incluiría a toda la leva, es decir, a todos aquellos que el crimen organizado recluta forzosamente. Hay leva de jóvenes, a quienes amenazan con privarlos de la vida o desaparecerlos si no aceptan. Ante esta situación, Cordero

propone una ley de reducción de penas para los informantes como una estrategia que puede dirigir a la obtención de información veraz y certera del paradero de algunos de los desaparecidos. En cuanto a los jóvenes que actualmente se sienten profundamente atraídos por el dinero proveniente del crimen, en palabras de Olga Cordero, la opción es ofrecerles ir a la escuela, una cultura de la paz, que deje las armas; que les conviene tener otro futuro, que su futuro inmediato podrá ser tener una (camioneta) Hummer, pero que su futuro inmediato no se termina ahí (*Milenio*, 2018).

Sugiere empezar a pensar en la despenalización de la droga: “Voy a proponerle a Andrés Manuel en su momento, la despenalización de la marihuana en la siembra, cosecha, trasiego y uso lúdico”, declaró Cordero en una entrevista para la Agence France–Presse (AFP) en el 2018.

Actualmente el narcotráfico está presente en una variedad de representaciones que están al alcance de todas las personas; no se trata de un negocio limitado al ejercicio de actividades criminales ni sanguinarias, es también un sistema rodeado de distintas miradas que reprueban o alaban a sus miembros.

La cultura del narcotráfico forma parte de las prácticas más cotidianas de las personas que simpatizan con esta atmósfera; se manifiesta en el estilo de vestir, el lenguaje utilizado, los contenidos televisivos que siguen, la música que escuchan, las creencias religiosas que tienen y los lugares a los que acuden regularmente.

En el AMG pueden encontrarse centros nocturnos cuyo concepto se guía por la cultura del narco. Se trata de lugares con música de banda y narcocorridos que reciben a quienes deseen divertirse y convivir con personas de gustos semejantes, aunque no necesariamente tengan un vínculo directo con la compra o venta de drogas.

Algunas personas que asisten a estos sitios coinciden en que hace aproximadamente diez años esos lugares no eran como son hoy en día: “Antes solamente se iba a bailar banda, pero no ponían narcocorridos ni llegaban con las camionetas, eso es de un tiempo para acá”, dijo un informante.

Camionetas de gran tamaño con música de banda que retumba en el interior y vidrios polarizados eran la carta de presentación de gran parte de las personas que llegaban anteriormente a “La Camelia”, por mencionar un ejemplo. Se trata de un reconocido y prestigiado antro de banda de la ciudad de Guadalajara, famoso por sus lujosas instalaciones y los altos precios de las bebidas alcohólicas; es el ejemplo de un verdadero lugar para divertirse “al estilo Sinaloa”, de acuerdo al testimonio de sus visitantes. Un espacio oscuro, iluminado con luces de colores y pantallas que apenas permitían ver los rostros de los asistentes, quienes escuchan entusiastas una larga lista de narco corridos y canciones de banda tocadas en vivo, mientras lucen extravagantes prendas y consumen bebidas embriagantes.

2. Desarrollo

2.1. Sustento teórico y metodológico

¿Qué es y cómo se esparce la narcocultura?

El narcotráfico y sus componentes han sido estudiados desde diferentes perspectivas; algunos teóricos han optado por describir en qué consiste la narcocultura mientras mantienen una postura neutral al respecto, mientras que otros, en cambio, han manifestado en sus publicaciones una opinión reprobatoria hacia la cultura del narcotráfico en cualquiera de sus representaciones.

A continuación se profundiza en algunas de las visiones que se han expuesto teóricamente en relación con algunos de los elementos culturales principales en los que tiene lugar el narcotráfico, como la música y el lenguaje, los códigos de vestimenta, las creencias religiosas, el cine y la televisión.

La narcocultura es una construcción social edificada alrededor del fenómeno del narcotráfico que ha devenido en una verdadera mitología, y como toda mitología está apoyada en símbolos. Trascendió el pedestre fenómeno económico de la siembra, cultivo, transformación, distribución, venta y consumo de estupefacientes

para pasar a ser un sistema cultural completo. Que con su propio lenguaje, moda, literatura y música, se ha llegado a convertir en una forma de vivir el complejo constructo del narco de manera vicaria y no necesariamente ilegal (González, 2018).

Sergio Aguayo (2017, en Putman, 1993) hace mención de lo que llama capital social negativo, del cual es imprescindible hablar cuando de violencia y crimen organizado se trata. El capital social negativo hace referencia a la construcción de lazos y puentes que parten de una admiración y un deseo por ser parte de un grupo de personas con poder social y adquisitivo superior al del promedio. El académico se refiere a los lazos como un primer paso para crear un vínculo con el crimen organizado, ya que en edades tempranas, por ejemplo, surge un interés por llevar a cabo actividades ilícitas o bien relacionarse con personas que lo hacen. El segundo paso consiste precisamente en llevar a la práctica esas aspiraciones, con la fundación de una organización delictiva cuyo pilar sean los códigos de violencia. Aquí aparece un tercer paso, en el que se da el vínculo con los líderes o jefes de estas organizaciones y no con el Estado.

En estas organizaciones, los miembros capacitan y se encargan de que los nuevos integrantes adquieran habilidades que resulten útiles para el negocio y con ello que tengan la suficiente convicción por ser fiel a los valores que tienen en conjunto, esto cumple la función de alimentar la cultura negativa.

Aunado a esto aparece la cultura de la supervivencia, en la cual las personas están sujetas a las acciones del crimen organizado y viven atemorizadas por ello. Y, en contraste, la cultura del éxito hace referencia al deseo de dominar y resaltar por encima de los demás, al ejercer conductas delictivas y prescindir de los derechos humanos de los demás. Aguayo (2017) explica lo paradójico que resulta que tanto las ideas como la cultura están reguladas por los derechos humanos. La libertad de expresión es precisamente un derecho humano, por lo que no es posible la prohibición de la difusión de ideas aun cuando éstas sean socialmente negativas, pues eso se traduciría a una transgresión de los derechos humanos; es así como los componentes culturales del narcotráfico pueden

continuar con su propagación sin limitación alguna. No obstante, han habido algunos intentos de censura de este tipo de contenidos.

Representantes de distintos partidos políticos en varias partes del país y de las Cámaras de la Industria de la Radio y la Televisión (CIRT) han propuesto en años recientes medidas para la prohibición de la difusión de los narcocorridos. El respeto a algunas leyes vigentes y la protección ética a niños y jóvenes han sido algunos de los argumentos defendidos. En ciertos estados, los gobiernos y las cámaras locales de radio y televisión han establecido acuerdos para impedir la difusión de esa producción musical que consideran nociva. Han llevado su propuesta a la Cámara de Senadores y han solicitado la intervención de la Secretaría de Gobernación para darle fuerza de mandato federal a la misma. Por ahora, el blanco de sus críticas ha sido ese tipo de creación narrativa y musical, pero nada asegura que la misma argumentación no pueda ser empleada en algún momento para impedir la libre circulación de otras producciones simbólicas no convencionales, o consideradas reprobables, inapropiadas, por algunos agentes sociales con capacidad para convertir sus preferencias éticas, estéticas y políticas en leyes. Un ejemplo reciente es la censura a la difusión de "Crónica de un cambio", de Paulino Vargas, interpretada por Los Tigres del Norte (Fernández, 2002 en Astorga 2005).

Los primeros intentos por censurar la difusión de los corridos de traficantes se dieron en el estado de Sinaloa en el año de 1987, durante el gobierno de Francisco Labastida Ochoa. Esto resultó de una petición del gobernador a los representantes de todos los medios de comunicación. Años después, la producción de plantas ilícitas, el tráfico y consumo de drogas, el número de traficantes y la violencia asociada al negocio se incrementaron a escala mundial en proporción directa a las medidas represivas aplicadas para tratar de reducir el fenómeno (Astorga, 2005).

Promoción de la narcocultura

Música y lenguaje

Desde hace cuatro décadas la tradición musical del corrido ha adoptado como tema central las condiciones de violencia que se viven en el país, tomando al narcotráfico como eje principal en sus temáticas. En la misma línea de lo que Aguayo (2017) menciona sobre la construcción del capital negativo, aparece la música como un componente cultural en el que éste se ve reflejado. Algunos ejemplos de ello son agrupaciones como los Tigres del Norte y Sanguinarios del M1, las cuales fungen como medios de promoción de este capital. Los narcocorridos se encargan de mostrar los efectos del narcotráfico en México pues en ellos se encuentran relatados acontecimientos sanguinarios que honran a las figuras más emblemáticas de este negocio.

El prefijo “narco” hace referencia a relatos que tratan de aspectos relacionados con el tráfico de drogas. Se trata de un prefijo que funge como multiplicador de estigmas y etiquetas, ya que cualquier palabra que cuente con éste es asociada directamente al tráfico de sustancias ilícitas (Astorga, 2005 en Dávila, 2011). Su complemento “corridos” corresponde a una de las tradiciones musicales más antiguas de México, que consiste en narrar historias reales o ficticias basadas en sucesos que hieren la sensibilidad del pueblo (Avitia, 1997a; Mendoza, 1954, en Burgos, 2011).

Para algunos académicos, esta expresión musical es una manifestación de la cultura del narcotráfico, también conocida como narcocultura (Astorga, 1995; Córdova, 2005; Simonett, 2006; Valenzuela, 2002 en Burgos 2011)

Burgos (2011) menciona que en el estudio de los narcocorridos los investigadores han rescatado el poder del lenguaje de esta expresión artística, delimitando su análisis a las letras de las canciones para concluir que los narcocorridos son el reflejo de una realidad que vive México: la realidad del narcotráfico que utiliza un vehículo artístico para narrar hechos violentos donde se enaltece, sobrevalora, elogia y mitifica la figura y forma de vida del narcotraficante, el contrabando y el negocio de las drogas.

Es preciso decir que la música forma parte de la vida cotidiana de las personas; es parte del mundo social y cultural (Finnegan, 2002).

Josep Martí (1995) reconoce que la relevancia de la música no depende de ella misma sino del significado que se le asigna, así como de la función que cumple en la sociedad; es relevante en la contextualización de un marco espaciotemporal concreto. Para Martí la noción de uso tiene un papel central en la definición de relevancia social: una colectividad puede conocer la existencia de una música y, por tanto, puede adscribirle un cierto significado. Pero si esta música no se manifiesta en la dimensión de uso, difícilmente se le puede posicionar como socialmente relevante (1995, p. 8).

El concepto de “relevancia social” en el estudio de la música alude al grado de conexión de una música dentro de un contexto. Es el “uso” lo que permitirá hablar de ausencia o presencia de relevancia social. Hay uso de una determinada música cuando encuentra una manifestación efectiva a través de los eventos musicales (Martí, 1995). Actualmente el narcocorrido es música socialmente relevante en un país donde no hay un espacio libre de tensión por la violencia del narcotráfico. Este fenómeno no solamente ocurre en México: Elijah Wald (2012) en su libro *Narcocorrido: un viaje por la música de drogas, armas, y guerrillas* dice que el corrido es uno de los estilos más populares de música latina en los Estados Unidos y los países del sur; la mayoría de los discos latinos vendidos en los Estados Unidos son de música mexicana, y un gran porcentaje de ellos consisten de corridos del narcotráfico.

De acuerdo con Luis Astorga (2005), “los *narcocorridos* son “documentos mitológicos”, no estrictamente históricos ni cronísticos. Se oponen a las versiones oficiales elaboradas por la prensa, la televisión, la radio y, en última instancia, por el ejército y la policía, y la gente los escucha en fiestas con grupos de música norteña, pero también en *walkman* si van a pie, en casetera si van en bicicleta o en autoestéreo si tienen camionetas o carros de lujo”.

Esto expone que la visión del tráfico de drogas como actividad ilícita no es la única que existe sino que hay otra que la apropia como un estilo de vida de celebración y ostentación; corresponde a “una forma de vida en la que ésta se

pone en juego”. “Lo que relatan”, explica Astorga, “ya ha sido publicado en la prensa y difundido por la radio y la televisión”, y su función por lo tanto, no es informativa, como no lo era la de los romances populares de bandidos: “forma parte de mitos colectivos, o de un trabajo de construcción de mitos”.

Cine y televisión

Las producciones cinematográficas y televisivas que existen actualmente con temáticas relativas al narcotráfico son especialmente populares por la misma razón que los narcocorridos: son cercanas a la realidad que históricamente se ha vivido como país; hechos violentos a causa de los conflictos armados entre las mismas organizaciones delictivas y con el Estado, las cuales han afectado la calma de una nación entera.

Las películas y las series se encargan de estimular las mentes de forma que la audiencia comience a construir un criterio sobre cualquier tema. Las ideas que con ello se producen tienen como resultado un posicionamiento a favor o en contra del Estado de derecho o al Estado paralelo. Como producto de la cultura moderna, las generaciones actuales se caracterizan por ser educadas por la pantalla, pues es ésta la que muchas veces desempeña el papel de moldear la personalidad y pensamientos de las personas; para algunos espectadores la televisión y el cine no son solamente un tipo de entretenimiento, sino un modelo de vida.

Grandes clásicos del cine de gánsters, como *El Padrino*, muestran gráficamente aspectos de la vida criminal a partir de la relación que hay entre la mafia y la ley. Esta película narra la historia de la organización criminal más poderosa de Nueva York, en la que Vito Corleone, el jefe, lleva a cabo sus negocios de una forma sofisticada a la vez que manipula su contexto en beneficio propio y de los suyos. Esta trilogía es un gráfico ejemplo de los alcances que tienen el poder adquisitivo y las redes para llevar a la familia de Vito Corleone a la cima. Se torna una imagen atractiva y tentadora para el espectador, pues es debido a su jerarquía como puede imponer decisiones en las personas que lo rodean; ejemplo de ello lo menciona Sergio Aguayo al hacer un análisis de la

icónica frase “Le haré una propuesta que no podrá rechazar”, utilizada por el Padrino como estrategia para persuadir a aquellos que se encuentran en condiciones de subordinación; se trata de un ejercicio de control que incita a ceder ante la máxima figura de autoridad, pues de lo contrario sus consecuencias pueden ser fatales.

En relación con el poder que ciertas agrupaciones tienen sobre la vida y la muerte de otros, Achille Mbembe retoma la idea de Michael Foucault (2002) acerca del biopoder. La noción foucaultiana comprende a la vida como un fenómeno visto por las autoridades como un privilegio y no como un derecho; parte del supuesto de que las personas que se encuentran en un menor rango de supremacía, deben ganarse su derecho a la vida y eso sólo pueden obtenerlo a través de su sometimiento y obediencia.

Mbembe (2006) profundiza y da origen a la necropolítica, con la frase *hacer morir o dejar vivir*, la cual se basa en esa noción foucaultiana. Expone la capacidad de decidir sobre el fin de la vida de los gobernados, como una muestra de dominio y superioridad. Al trasladar esto a las temáticas del cine y de las series de televisión, es posible ver cómo las figuras de poder optan por eliminar a todo aquél que resulta una amenaza para su organización y para sí mismos, pues cuentan con las condiciones para hacerlo. El autor explica esto como una percepción de que la existencia del otro es un atentado a la propia vida, una amenaza mortal o un peligro absoluto cuya eliminación reforzaría el potencial de vida y de seguridad. Esto se representa en los violentos conflictos a muerte que ha habido entre cárteles, los cuales parten de un deseo por ser la cabeza del negocio. Y, entonces, se busca la destrucción del otro.

Ahora bien, si de mencionar cintas con esta temática se trata, es preciso aterrizar a la realidad mexicana. *El infierno* de Luis Estrada (2010) es un claro ejemplo de una producción que satiriza la problemática actual del narcotráfico y el crimen organizado en México.

Esta película plantea la historia de Benjamín García, conocido como *el Benny* (Damián Alcázar), quien emigra a Estados Unidos, y después de veinte años es deportado. Al regresar a su pueblo se entera de que su hermano,

conocido como el Diablo, había sido asesinado en extrañas circunstancias dejando un hijo y a su esposa quien trabajaba como mesera en un bar. Su lugar de origen se había transformado en un un panorama de pobreza, violencia y corrupción. Benjamín se encuentra con un viejo amigo, *el Cochiloco* (interpretado por Joaquín Cosío) quien lo involucra en el negocio del narcotráfico. Por primera vez en su vida, tiene dinero a manos llenas, prosperidad y cierto prestigio. Se involucra de lleno en el negocio hasta que un día el hijo de su patrón, José Reyes, es asesinado por el cártel que dirigía el hermano de Reyes y decide empezar el ajuste de cuentas ordenando matar a toda la familia de su hermano. Posteriormente se entera que quien proporcionó información para facilitar el asesinato del hijo de Reyes fue su sobrino y lo saca del país. Su cuñada es asesinada. Ante tal escenario, Benjamín decide delatar a su patrón ante las autoridades, ya que desconocía que éstas también eran manejadas por Reyes, quienes finalmente terminan por torturar a su jefe. Logra escapar y decide vengar la muerte de su hermano y de su cuñada asesinando a Reyes y todas las autoridades del pueblo, mientras Reyes daba el grito de Independencia en la ceremonia del Bicentenario.

La cinta presenta una violencia gráfica brutal: hombres asesinados, torturados, cercenados, mutilados. La ambición y la venganza no respetan condiciones. La lucha es entre hermanos; finalmente, el narco es un negocio de familias. En la obra se retrata el fenómeno de narcoestética ya referido en líneas anteriores: la vestimenta, las tumbas, la ostentación, lo barroco.

Por otro lado, el largometraje documental titulado *Narcocultura* producido por Shaul Schwarz, es otra de las producciones que dejan a la luz la cruda realidad de lugares como Ciudad Juárez en donde los estragos del crimen organizado han arrebatado la paz de los habitantes; se expone la experiencia de los peritos quienes conviven de forma cotidiana con cuerpos mutilados y hechos sanguinarios que forman parte del día a día de la población. Para adentrar al espectador a este mundo, Schwarz invita a Richi Soto, un investigador del Servicio Médico Forense (Semefo) de Ciudad Juárez, Chihuahua, quien nos da un recorrido por su difícil trabajo.

Ahora bien, por otro lado, se exponen los testimonios de algunas personas que simpatizan con la narcocultura y contribuyen a su difusión y consumo, como es el caso de Edgar Quintero, líder del grupo Bukanas de Culiacán, quien hace una gran aportación a este documental, pues muestra cómo es su labor como cantautor de narcocorridos y cuánto dinero es capaz de generar con ello. En este documental se muestran imágenes explícitas que reflejan cómo el narcotráfico ha llegado a posicionarse como un movimiento cultural sumamente arraigado en ciertas zonas del país.

En este documental la frase “no hay de otra en la pobreza”, nuevamente evidencia la correlación que existe entre una vida precaria y una atracción por el dinero proveniente de este negocio ilícito. El narcotráfico funge como un paliativo que aligera la violencia y la falta de un lugar en el mundo, aunque estos sectores vulnerables, como ya se mencionó, no son los únicos que simpatizan con este estilo de vida.

Fuertes y explícitas imágenes permiten a la audiencia tener una experiencia más apegada a la realidad, sin embargo, lo que hace tan interesante este documental es precisamente la diversidad de aristas que presenta en relación con el narcotráfico, pues no se estanca en una sola visión, sino que se mueve de un espacio a otro, de una experiencia a otra.

Códigos de estética

Al hablar de narcoestética es preciso referirse a una imagen ostentosa, de autos caros, armas, cirugías y prendas de marcas particularmente costosas. En palabras de Omar Rincón (2009), la estética del narcotráfico no es sinónimo de mal gusto, sino que se trata únicamente de otra estética, la cual es común entre las comunidades alejadas que en el intento de acercarse a la modernidad, solamente han encontrado en el dinero la posibilidad de existir en el mundo. Por su parte, Héctor Villarreal (2010) de igual manera le otorga un peso importante a la clase social a la que pertenecen los seguidores de la cultura del narco, a la que inicialmente se refiere como la cultura de los nuevos ricos, la cual compara con la de grandes figuras públicas, políticos, empresarios, etc., quienes de igual forma

llevan un estilo de vida basado en la ostentación y el dispendio. Lo que distingue a esta cultura, de acuerdo con este autor, va más allá.

Como se ha mencionado, esta estética no pertenece únicamente a sus integrantes, sino a todo aquel que comparte el gusto. No obstante, Villarreal (2010) denomina que la distinción que hay entre los nuevos ricos y los narcotraficantes es la simbología de estos últimos, dado que se trata de aspectos relacionados con su actividad profesional y su poder, ejemplo de ello son los símbolos que aluden a las armas que utilizan y la mercancía que distribuyen. Mientras que, en comparación, la cultura de los nuevos ricos consiste en una fantasía que han mantenido posiblemente durante un largo tiempo acerca de cómo viven los ricos, lo cual se traduce en exageraciones en cuanto a la magnitud de las celebraciones que llevan a cabo y la presunta elegancia que las caracteriza.

La narcocultura, entonces, de acuerdo con esta noción representa para algunos, la posibilidad de alejarse de las condiciones de pobreza y precariedad. Tener una vida similar a la que tendría una persona vinculada con el narcotráfico resulta una fuente de inspiración para las personas que pertenecen a ciertos sectores en los que prevalecen la pobreza y la exclusión; se transforma en algo aspiracional y a su vez, en una vía para superar lo que pueden tener en el llamado Estado de derecho. Ejemplo de ello son los empleos con sueldos mal pagados, el restringido acceso a una vivienda propia, etc.

Narcocultura es, en segunda instancia, no sólo la cultura particular de los narcotraficantes sino también la de quienes admiran o aspiran al estilo de vida de ellos, que aunque no pueden pagar tratan de imitar, que participan de ella al menos de forma pasiva. Es, como toda cultura, una construcción social. No es el traficante el que crea su cultura, es la sociedad a la que pertenece la cual ha construido la cultura que él reproduce (Villarreal, 2010).

La cultura del narco se trata de una estética en la que el dinero y el poder van de la mano, y el “dejarse ver” marcan la pauta para ocupar un lugar en el mundo, para representar y representarse. Ahora bien, al exponer el tema de la estética de los miembros o seguidores del narcotráfico es propicio hablar de los estereotipos.

Los estereotipos son conceptos que refieren lo que un grupo piensa de otro (Acosta, 2015).

La función del estereotipo es justificar la conducta del grupo que cree en él en relación con el grupo que se valora. Esto explica la “naturalidad” de los estereotipos: parecen naturales y obvios porque casi todo el mundo comparte el conocimiento de su existencia. Los estereotipos establecen marcos de referencia y maneras de orientar nuestras percepciones. Asimismo, pueden ser ciertos y falsos. Las características que se seleccionan para categorizar a un grupo social se escogen de una lista enorme de posibilidades. La selección en sí se basa en una serie de prejuicios sobre el grupo. La veracidad del estereotipo yace en la selección de las características; su falsedad yace en la distorsión que resulta al seleccionar determinados rasgos característicos que se aceptan como rasgos representativos del grupo.

Un ejemplo de cómo se construye un estereotipo al grado de representar aparentemente de forma general a un grupo, son las gafas de sol. Diego Gambetta, en su estudio *The Sicilian Mafia* (Harvard University, 1993), hace mención de cómo los mafiosos llegaron a portar gafas de sol como distintivo. Según su narración, hasta los años cuarenta, las gafas de sol solamente eran utilizados por aquellos que tenían problemas y debilidades visuales, además de los montañeros y los pilotos de carreras.

Fue hasta la Segunda Guerra Mundial cuando se dio a conocer una fotografía del director de cine John Ford con un puro, un uniforme de aviador y gafas de sol. Entonces, en 1947, la revista *Business Week* anunció que las gafas de sol eran ya una moda en Hollywood, como sinónimo de rudeza y virilidad. Esto se representó en el cine hasta dos años después con la película *Gun Crazy* (Joseph H. Lewis, 1950), en la cual se muestra a los primeros mafiosos de ficción con gafas de sol. Cabe mencionar que en ese momento no existía constancia del gusto de los mafiosos por esa prenda de vestir, pero la estética del mafioso con gafas oscuras saltó de la ficción a la realidad.

Al hablar de grupos que comparten marcos de referencia, intereses y gustos es preciso también hacer una descripción del principal nombramiento que

reciben en México las personas que sienten una afinidad con la narcocultura: los *buchones*.

Los buchones son sujetos que provienen de las sierras sinaloenses, originalmente de Badiraguato. Han creado su propia corriente cultural y se identifican por escuchar música norteña. Sus atuendos son especialmente extravagantes, pues usualmente se componen de diseños brillantes y ostentosos, principalmente de las marcas Ed Hardy y Dolce&Gabbana, por mencionar algunas, además de utilizar botas estilo vaquero, cinturones piteados, sombreros agropecuarios y joyería de oro que los distinguen del resto de los presentes. En su mayoría, se dedican al narcotráfico y son aficionados a los narcocorridos, aunque hay algunos que únicamente cumplen con el segundo criterio. El origen de que se les nombre buchones es peyorativo, ya que anteriormente, los agricultores que bajaban de la sierra con dinero que habían obtenido de la venta de droga llegaban a las cantinas y pedían el whiskey Buchanan's, pero lo pronunciaban tal y como lo leían. Debido a esa pronunciación se les dio el apodo de buchón.

El fenómeno de la narcoestética tiene múltiples aristas. Sin embargo, como anteriormente se menciona, la idea es aproximarse a una estética diferente y ejemplificar la existencia de los estereotipos y la simbología de todo un fenómeno.

La intención no es la no es satanizar ni minimizar una práctica cultural muy específica.

Religión

La religión es otro de los aspectos principales en la conformación de la identidad humana, dado que protagoniza y orienta gran parte de las prácticas cotidianas e ideologías de los fieles. Por ello, en el presente apartado son expuestas dos de las figuras más representativas a las cuales se encomiendan una considerable parte de las personas que integran el negocio del narcotráfico o bien, que simpatizan con el ambiente de éste: Jesús Malverde y la Santa Muerte.

La Santa Muerte

Para comenzar a contextualizar acerca del culto a la Santa Muerte es útil tomar lo que Bravo (2013) plasma en su artículo “Bajo tu manto nos acogemos: devotos a la Santa Muerte en la Zona Metropolitana de Guadalajara”, en el que habla sobre el imaginario que existe desde los inicios de este culto respecto a que la devoción a esta figura mayoritariamente surge por parte de criminales, pues es reconocida como su mayor protectora; se considera que una de las peticiones principales que atiende es librar de la prisión a todos aquellos que cometen algún acto calificado como delictivo o antisocial, esto está sustentado en que gran parte de los cateos realizados en casas pertenecientes a sospechosos de algún crimen, como el narcotráfico, se han encontrado imágenes, figuras, altares y demás indicios de este culto, así como también, artículos como el de Hernández (2012) avalan la presencia de esta creencia en lugares de estrato socioeconómico bajo, como el barrio de Tepito en la Ciudad de México y la colonia Las Juntas en el municipio de Tlaquepaque, Jalisco, por nombrar algunos.

Héctor Villarreal (2014) en su artículo *Crónica de una Santa Muerte Anunciada* realiza un trabajo etnográfico en el que narra detalladamente la procesión que se lleva a cabo por parte de los fieles al culto de la Santa Muerte en el zócalo capitalino de la Ciudad de México, específicamente en la calle Héroes de Nacozari. Para dar inicio a la procesión, los creyentes sacan de su vitrina a la figura de La Santa la cual está colocada en el “Santuario Nacional del Ángel de la Muerte”, casa conocida comúnmente como Iglesia de la Santa Muerte.

Se trata de una celebración acompañada de una gran diversidad simbólica. Las prendas de vestir color blanco y los globos del mismo color representan la pacificidad que los devotos manifiestan tener ante el resto de las personas. “Se ve, se siente, La Santa está presente”, corean con fervor.

A pesar de los pocos asistentes, la procesión tiene mucha fuerza expresiva debido a las imágenes de La Santa. Las que estaban en los altares se trataba de un par de figuras de talla humana vestidas con una túnica blanca y un manto morado ceñido por una corona.

El coro repite: “Somos creyentes. No somos delincuentes”. Y de acuerdo con el escenario, así lo parece. El ambiente es familiar, con niños pequeños, algunos de brazos, y varias mujeres de la tercera edad. No hay hechos violentos ni faltas de respeto por parte de los asistentes.

Esta narración muestra la excepción de lo que pareciera ser un credo exclusivo de aquellos que tienen estilos de vida relacionados con la vida criminal.

Ahora bien, desde una visión foucaultiana, ante una sociedad que parece no tener cabida para criminales, o “anormales”, la Santa Muerte está posicionada como una deidad alternativa de sanación y consuelo, una figura que protege sin dictaminar y que permanece junto a los que han ido contracorriente, pues a diferencia de Dios, el discurso de los creyentes sostiene que ella no espera que las personas “re direccionen” sus estilos de vida, por lo que de acuerdo con Foucault (2002) no cumple una función disciplinaria, sino que demanda la entrega total a ella y a su voluntad, lo cual explica el motivo de su popularidad entre aquellos que actúan delictivamente, al darles una opción para mantenerse sujetos a un ser supremo, sin dejar de lado sus respectivos estilos de vida.

La también conocida como “Niña Blanca” es fuertemente venerada en Tepito, señalado como uno de los barrios más peligrosos de la Ciudad de México, ya que, como se mencionó anteriormente, se piensa que se trata de una figura que acoge y protege principalmente a todos aquellos que son catalogados como “escoria”, como homosexuales, migrantes, personas que viven en la calle, trabajadoras sexuales, personas adictas a las drogas, narcotraficantes, asesinos, etc. No sólo no hace distinciones, sino que protege principalmente a los sectores más repudiados y marginados, hecho que hace alusión al nombramiento que se le da a esta figura al considerarla como una deidad de la crisis.

Por otra parte, la caracterización de esta imagen consta de simbolismos que representan su poderío. Los fieles la describen como una deidad que no conoce fronteras, sino que la muerte forma parte de la realidad de todos los seres humanos, es por ello que sustentan su fe por medio de la experiencia, ¿quién no ha sido testigo de la existencia de la muerte?

A diferencia de Dios, la muerte representa una forma de encarnar un fenómeno comprobable, biológico y por ende, fidedigno. Esta visión por parte de los fieles funciona como un impulso para no fallarle, pues aunque la describen como una figura de protección y resguardo, también es caracterizada por su manera de castigar y ejercer venganza sobre todo aquel que quebranta su compromiso con ella, lo que al mismo tiempo la transforma en una figura que a través del miedo controla, por lo que no simplemente cumple una función defensora, sino también dominante.

Una manera de interpretar el alcance y dominio que esta figura tiene para sus fieles es por medio del panoptismo visto desde Foucault (2002), quien asegura que para que esta creencia cumpla una función panóptica debe contar con un criterio clave, y es que en este caso los adeptos tengan presente la vigilancia constante y omnipresente que la Santa Muerte ejerce sobre ellos, para que de esta forma permanezcan conscientes del pacto que tienen con ella y actúen con base en él. Sus discípulos saben que no hay manera alguna de huir de su voluntad, sino que es un hecho que algún día se hará presente. Funciona como una vigilante de la que no se puede escapar, ya que se trata de una deidad derivada de un fenómeno biológico e irrefutable como la muerte en sí misma.

Lugares en los que la inseguridad y la violencia imperan y la vida está en constante riesgo debido al rezago social, económico y cultural que poseen se vuelven puntos rojos en los que emerge la necesidad por parte de los habitantes de encomendarse a una figura que entienda y atienda de forma inmediata sus necesidades más mundanas, dado que los mismos creyentes la consideran como una enviada de Dios que funciona como intermediaria para decidir qué será de ellos una vez que mueran.

Finalmente, las creencias son un reflejo de lo que socialmente ocurre, de lo que inquieta y sosiega a determinada población, es por ello que esta representación emerge como una forma de vivir la fe, mejor adaptada a las necesidades cotidianas de los feligreses, quienes en busca de una protección más mundana se encomiendan a esta deidad, considerándola como un símbolo de justicia y de resistencia ante las leyes terrenales.

Jesús Malverde

Actualmente, a lo largo del noroeste de México y hasta Los Ángeles, California, Jesús Malverde es visto como una articulación alternativa de la santidad y la criminalidad. La palabra “mal” incluida en su apellido, dentro de la cual está inscrita una tonalidad altamente negativa y peyorativa, no encaja como referencia a un santo católico. Además se contrapone con su nombre de “Jesús” que evoca la generosidad y el bienestar común en la tradición cristiana. Este enlace incongruente y misterioso nos lleva a preguntarnos cómo pueden coexistir las imágenes de santo y criminal dentro de una misma figura, y cómo se articulan dos características contradictorias en el despliegue empírico de la historia (Flores, 2011).

Más que una figura histórica, Malverde es una entidad mítica o legendaria. Las cosas que se cuentan de él corresponden al arquetipo del *bandido generoso*: ya que robaba a los ricos para dar a los pobres.

La capilla y la figura de Jesús Malverde son un símbolo cultural del narcotráfico en Culiacán. En sus inicios, la leyenda sobre el personaje se afianzó a partir de la voz popular de la región. En la actualidad, la mitología de Jesús Malverde se ha propagado en la cultura popular a través de documentales, novelas, cuentos, obras de teatro, reportes periodísticos, música, series televisivas (Gudrún, 2014, en Moreno, Burgos y Valdez, 2016).

De acuerdo con lo que se dice, su nombre verdadero era Jesús Juárez Mazo y nació en 1870, cerca del pueblo de Mocoltlan, Sinaloa. Hay distintas versiones de su supuesta ocupación; algunos aseguran que era sastre; otros dicen que era albañil y ferrocarrilero, y que trabajó en la construcción de las vías que se extendían hacia el norte de México (Quinones: 257, en Flores, 2011). Pero la mayoría de los relatos se refieren a su muerte, que aparece sobre todo en dos versiones. En la primera, cantada en mañanitas y corridos anónimos y por Seferino Valladares, de Los Cadetes de Durango, el responsable es un “compadre” traidor.

Actualmente es uno de los santos más conocidos más allá de su región de origen, hasta el otro lado de la frontera. No obstante, la Iglesia católica no

reconoce el culto a Malverde por no tener datos fidedignos de su existencia, y porque de haber existido su vida no sería un ejemplo para nadie.

La creencia en Malverde no es exclusiva de personas relacionadas con el narcotráfico (Córdova, 2011; Gudrún, 2014; Valenzuela, 2012, en Moreno, Burgos y Valdez, 2016); como santo popular, sus devotos provienen de distintos estratos sociales. Para Élmer Mendoza, Malverde es del pueblo y para el pueblo:

A Malverde le pide todo tipo de gente. Gente pobre, gente rica, clase media. Vienen artistas, vienen empresarios; gente que trabaja en el campo, mecánicos. — Personas— que se van para el otro lado de mojados, le piden que les vaya bien por allá y que cuide a sus familias aquí... (Valenzuela, 2012 en Moreno, Burgos y Valdés, 2016).

“Malverde” es un apellido que alude a las hierbas hechizadas que tienen que ver con el mundo del narco. En realidad, es el sujeto considerado como la figura santificada de los narcotraficantes: los contrabandistas no quieren cruzar la frontera sin llevar la medalla de Malverde en su cuello. No es cosa extraña que se encuentren las capillas que lo veneran en los campos de plantación de marihuana y opio (Wald, en Flores, 2011).

Además de que Sinaloa es conocido como el lugar donde empezó el cultivo de la droga más temprano en México, la razón por la que se identifica a los narcos con la vida y el destino de Malverde, a pesar de su distancia temporal, radica en la afinidad de su condición social: ellos están en el lado oscuro de la ley. Son los que corren riesgo de exponerse a la detención institucional y de caer en la posición de los criminales hasta convertirse en enemigos del Estado. En otras palabras la ilegalidad estigmatizada en su cuerpo, sea real o potencial, pone de relieve la distancia irreductible entre ellos y la autoridad oficial.

José Manuel Valenzuela (2002, en Moreno, Burgos y Valdez, 2016), sugiere que la creencia se arraiga en contextos de inseguridad, precarización, pobreza y violencia. En su mayoría, es la población de un sector social

desprotegido que recurre a los santos populares en búsqueda de esperanza y protección.

2.2. Planeación y seguimiento del proyecto

El presente proyecto de investigación partió del interés por identificar la relevancia que tiene la cultura del narcotráfico y sus componentes en el estilo de vida de la sociedad mexicana, así como las distinciones que hay en relación con la clase social y la forma en que las personas viven y se apropian de la narcocultura.

Aunado a esto, no de mis supuestos, previos a la investigación documental y bibliográfica realizada, fue que la narcocultura tenía una vinculación directa con el nivel socioeconómico de las personas, ya que ésta no únicamente se presenta en un tipo de contexto, sino que tiene cabida en múltiples sitios que están al alcance de todos; algunos contribuyen como miembros directos de este negocio y otros tantos, como seguidores, o bien, como oponentes.

Esta idea surgió a partir de los antecedentes revisados acerca de las prácticas relativas con la narcocultura, pues a pesar de no tener un acercamiento directo con los lugares a los que asisten los simpatizantes, sí lo había tenido con materiales de tipo audiovisual relacionados con la temática, como series y películas acerca de drogas y narcotráfico, en las que pude ver reflejada una parte importante de los elementos culturales y sociales que encierran a este fenómeno delictivo.

Por un lado, consideré oportuno dar un recorrido por el origen del narcotráfico, pues como muchos fenómenos, ha evolucionado significativamente y es importante tener conocimiento de los hechos que le anteceden. La principal razón por la que el narcotráfico comenzó a ser un negocio amenazante, incluso para la sociedad civil, fue el comienzo de una guerra entre capos, producto de un deseo por el poder y por ser la máxima figura de autoridad, asimismo, este fue el motivo por el que el número de cárteles se multiplicó en el país y con ello, la violencia también incrementó.

Ahora bien, para entender con mayor profundidad los componentes culturales de este fenómeno y con ello, la narcocultura como un estilo de vida fue necesario contrastar algunas visiones y nociones teóricas para así, tener un panorama más completo no solamente del narcotráfico como un negocio ilícito, sino como un movimiento que da identidad y sentido a la vida de muchas personas, con independencia de su status socioeconómico; la cultura del narco resulta atractiva para un amplio grupo de personas.

Las producciones que existen en relación con el narcotráfico son diversas en su presentación pero similares en su contenido, pues las películas, las series, los documentales y las canciones comparten una explicitud y crudeza propia de la temática, ya que de lo contrario, difícilmente podríamos aproximarnos de forma fidedigna a esta realidad.

Me fue oportuno tener una entrevista semiestructurada y algunos diálogos informales con personas que de alguna u otra forma han tenido acercamientos con este mundo. Las respuestas que obtuve reafirmaron algunas de mis nociones, pero otras, en cambio, ampliaron mi visión sobre la influencia que realmente tiene la narcocultura en el contexto mexicano actual debido a los medios de comunicación.

3. Resultados del trabajo profesional

Los materiales revisados hasta el momento me permitieron contrastar las diferentes aristas que componen al crimen organizado. Por una parte, están las personas que provienen de contextos precarios en los que se encuentran excluidos de todo tipo de privilegio, condición que los convierte en presas vulnerables para vincularse con el narcotráfico. Se trata mayormente de jóvenes con deseos de “tener un lugar en el mundo”, de ser reconocidos, gozar de prestigio y poderío para dar un giro a sus condiciones de vida. Es entonces, que pasan de víctimas a victimarios en un abrir y cerrar de ojos, terminan por formar parte de las organizaciones delictivas de las que anteriormente huían, producto del miedo. Algunos jóvenes deciden incorporarse en este negocio por el deseo

genuino de hacerlo, pero otros, en cambio, son obligados y amenazados con perder la vida o sufrir la muerte de algún ser querido. Sea cual sea el origen de la vinculación, una vez que se incursiona, no hay escapatoria.

Los hallazgos han demostrado un cambio radical en la forma de vivir y de apropiarse de la cultura del narco, pues en voz de algunos informantes se tiene que, algunos de los lugares que hoy en día son conocidos como sitios cuyos conceptos son afines al narcotráfico, anteriormente no lo eran. Se trataba de lugares a los que las personas asistían a bailar y/o escuchar música de banda sin que ésta necesariamente tuviera ningún tipo de contenido que aludiera al mundo de las drogas. Además, no era tan usual que la ostentosa estética del narco estuviera presente entre los asistentes de estos lugares, sino que se trataba de una característica más exclusiva de los miembros vinculados al crimen organizado.

El auge que hay en cuanto a este particular gusto es en buena medida, producto de las producciones audiovisuales que hay, las cuales plasman como figuras dignas de recordar a varios narcotraficantes que han llegado a marcar y protagonizar algunos de los hechos más estruendosos de la historia. El narcotraficante es mostrado como un héroe y villano a la vez.

Luego de revisar el contenido de algunas de estas producciones como *Narcos*, *El Chapo*, *El Padrino*, etc., en conjunto con literatura acerca de la temática que ocupa esta investigación y sus componentes culturales, pude llegar a relacionar el impacto que éstas han tenido en la audiencia en los últimos tiempos para hoy en día llegar a formar parte de la cotidianidad de las personas, aún cuando no hay en ellos un interés prominente por contribuir directamente con este negocio.

Algunos teóricos coinciden en la relación que hay entre el status socioeconómico y el sobresaliente gusto por la narcocultura. Algunos de sus argumentos apuntan a la influencia que tiene el imaginario colectivo que comparten las personas con menor poder adquisitivo en relación con el estilo de vida de las personas que sí lo tienen. Exponen una visión en la que, en este caso, los miembros del narcotráfico son personas con un nivel de poderío mayor que el

de la población promedio, lo cual se ve reflejado a través de su estética y sus ostentosos estilos de vida; no basta con tener poder, sino que hay que aparentar tenerlo.

El universo cultural que compone el narcotráfico es más complejo de lo que parece. No basta con suponer que la narcocultura se trata únicamente de un gusto que no parte de ninguna causa en particular, sino que es preciso entenderlo desde los contextos de sus seguidores.

Por medio de este trabajo pude corroborar la importancia que tienen las estructuras de una nación en la forma en que viven, piensan y actúan sus habitantes. No serán las mismas estrategias de supervivencia las que utilice una persona que nunca se ha visto en la necesidad de pelear un lugar en el mundo, de hacerse notar, que la de alguien cuyo posicionamiento social es inferior no solamente en el ámbito económico, sino también en el capital social y cultural. La narcocultura se convierte entonces, en una vía para demostrar ante el mundo una serie de aspiraciones vinculadas con el derecho a ser visibles y con ello, a ser tomados en cuenta; consiste en un estilo de vida que se caracteriza por el lujo, la extravagancia y la añoranza de pertenecer.

Las producciones audiovisuales que existen acerca de la temática del narco son precisamente los medios a los que tienen acceso las personas en general, pero específicamente puede llegar a trastocar a aquellos que viven en condiciones de precariedad, funcionan como vía para aproximarse a una realidad lejana, lo cual da pie a la creación de un imaginario que les permite posteriormente imitarlo.

Las figuras de los narcotraficantes se han convertido en los nuevos héroes de la nación; se han transformado en los modelos a seguir para una significativa parte de la población mexicana ante la decepción de un gobierno caracterizado por la corrupción, la impunidad y la falta de transparencia. Pareciera que los narcotraficantes han ocupado el rol paternalista que anteriormente se suponía desempeñaban el gobierno y los cuerpos policiacos. Sin embargo, como se mencionó a lo largo de este trabajo, la vinculación Estado-narcotráfico con el paso del tiempo se ha explicitado cada vez más, al grado de ser uno de los principales mensajes de las narcoseries y películas.

4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto

Luego de analizar los principales hallazgos de la presente investigación, considero que si bien es un hecho que los contenidos que la audiencia recibe pueden llegar a impactar en su estilo de vida y en su visión sobre diferentes aspectos éticos, morales y estéticos, esto no necesariamente lo dictamina en su totalidad o al menos no ocurre en todos los contextos. Ciertamente las personas nos vemos constantemente atraídas por estímulos que los medios de comunicación nos plantean como ideales, de los cuales nos apropiamos, al grado de modificar nuestras estructuras en diferentes ámbitos, sin embargo, mantengo una postura en la que la problemática no radica en la producción de las cosas, sino a quién se le permite el acceso a éstas y cuáles son los medios que se utilizan para su creación, así como los fines a los que pretenden llegar.

Las producciones audiovisuales, la bibliografía y la literatura que se genera acerca del narcotráfico, surgen a raíz de hechos concretos y palpables de los que la sociedad civil, principalmente, ha sido testigo. Como se mencionó, la decepción y la búsqueda de alternativas ante las múltiples decepciones por parte del gobierno y las autoridades han dado protagonismo a nuevas figuras heroicas, no obstante, considero que esto ocurrirá con más frecuencia, cuando se está en una situación de mayor vulnerabilidad. Esto se traduce a la necesidad de “imitar” como muestra de homenaje hacia lo que se admira.

Podría pensarse que la diversidad de películas, series, documentales y narcocorridos que existen tienen la exclusiva finalidad de informar, o bien solamente entretener, sin un afán mayor de motivar directamente a la audiencia para ser miembros del crimen organizado, sino que esta consecuencia pueda darse o no, según las variaciones que rodean la vida de cada sujeto.

Es ahí donde el contexto adquiere su relevancia, no solamente en el ámbito económico, sino también en el resto de las áreas que componen la vida de un ser humano. Una persona que posee un nivel de estabilidad considerable, posiblemente será menos propensa a tener interés o necesidad de vincularse con

una actividad ilícita como el narcotráfico, por ejemplo. No obstante, su gusto por esta cultura aun así puede ser desarrollado. El deseo de alguien por mostrar una apariencia física contraria a las que sus condiciones de vida reales suponen, como son su forma de vestir, los aparatos electrónicos que utiliza, su lenguaje, sus gustos musicales, etc., son algunas de las alternativas con las que cuenta para escapar de sus limitaciones y dar otra cara al mundo.

La realización de este trabajo me permitió comprender la complejidad de lo que hay detrás de algo aparentemente tan banal como son los gustos de una persona. Esto es algo que me resulta de gran utilidad, ya que mi labor como psicóloga en formación es precisamente la de complejizar, cuestionar y comprender los fenómenos sociales, aunque no siempre sea viable intervenir.

Una de las competencias principales que pude poner en práctica fue la de aprender a buscar y darle validez a diversas fuentes de información audiovisuales y no solamente literarias, dado que esta temática en particular así lo requería. Gran parte de la información consultada tuvo sustento en documentales y películas de conocimiento general, lo que demuestra que no necesariamente los contenidos académicos son los que van a fortalecer totalmente a una investigación, sino que dependerá del objetivo y la procedencia de ésta.

A lo largo de la licenciatura desarrollé habilidades relacionadas con la búsqueda y organización de la información, lo cual me fue indispensable para la realización de este proyecto, ya que, como profesionistas tenemos la responsabilidad de cuidar la claridad del contenido con el que queremos aportar conocimiento y delimitarlo. Esta parte del proceso me resultó complicada ya que la información cada vez parecía ser más amplia y enriquecedora, no obstante, tuve que hacer un trabajo de selección con aquella que consideré más próxima a mi tema inicial, el cual, como en toda investigación se fue modificando.

Para ejecutar una buena entrevista fue necesario realizar una guía en la que pudiera nuevamente delimitar la información que necesitaba, sin embargo, puse en práctica la habilidad de escuchar y relacionar los hechos que el entrevistado compartía.

Otro de los aprendizajes que reforcé, en el ámbito ético fue la relevancia que tiene la neutralidad al momento de intentar tener un acercamiento con temáticas tan polémicas como lo es, en este caso, el narcotráfico y sus componentes; implica dejar de lado cualquier inclinación y abrirse a conocer las múltiples visiones que le anteceden a la propia. Fue indispensable aprender a mantener una postura, mas no a mantenerla estática.

La realización de este trabajo no solamente estuvo enfocada a la descripción de la narcocultura en sí misma, sino que fue necesario hacer un recorrido sobre la situación y la alianza que se ha visibilizado entre las dos máximas figuras de poder que hay actualmente: gobernantes y narcotraficantes.

5. Conclusiones

El sentido de esta investigación no es primordialmente que los lectores se planteen una postura radical ante la cultura del narcotráfico como tal, sino hacia sus orígenes, pues de lo contrario, se convierte en un gusto más con el que podemos coincidir o diferir, sin mayor relevancia. Tal como pudo observarse en las diversas definiciones que hay sobre la narcocultura, hay una visión compartida en la que es considerada como un estilo de vida caracterizado por la ostentidad y el hacerse notar por medio de una estética.

De acuerdo con mi postura y la de algunos teóricos citados a lo largo de este trabajo, esta necesidad de visibilizarse parte de una multicausalidad más compleja, como es la fractura social a la que están expuestas algunas personas, lo cual trae consigo un deseo por pertenecer o por lo menos, por aparentar que se pertenece.

De ahí la pertinencia de este documento, pues deja mucho que pensar sobre las condiciones de México el hecho de que los miembros del crimen organizado sean una de las principales fuentes de inspiración para tantos jóvenes. Es urgente priorizar la urgencia de generar estructuras sociales, económicas y culturales más sólidas y equitativas para que la afinidad con la narcocultura pueda ser vista mayoritariamente como un gusto y no como la proyección de una

aspiración por tener similitud con aquellos que a través de acciones ilícitas y violentas poseen el máximo control del país.

El trabajo documental y literario fue el más utilizado para esta investigación, por lo que vendría bien, para darle una continuación y mayor amplitud, incorporar más testimonios de personas pertenecientes a distintos estratos socioeconómicos que comparten el gusto por la narcocultura, con el fin de reafirmar el contraste de causas que se menciona a lo largo del documento. Esto sería pertinente para aterrizar lo que teóricamente se plantea y evitar caer en generalizaciones.

6. Bibliografía

Aguayo, S. (2017). Las amenazas a la seguridad en México: crimen organizado violencia: La narcocultura. México: Curso en línea: *Polimatía*. Recuperado de https://online.polimatia.com/login?next=/courses/course-v1%3APolimatia%2BAENL102%2B2016_T1/course/

Acosta, E. (2015). “Narcoestética: la estética de la acumulación”. México: *Multidisciplina* (19).

Astorga, L. (2005). Corridos de traficantes y censura. *Región y sociedad*, 17(32), 145-165.

“Amnistía y legalización de la marihuana deben ir de la mano” (2018). *Milenio*. Recuperado de: <http://www.milenio.com/politica/amnistia-y-legalizacion-de-la-mariguana-deben-ir-de-la-mano>

Bravo, B. (2013). “Bajo tu manto nos acogemos: devotos a la santa muerte en la zona metropolitana de Guadalajara”. México: *Nueva Antropología*, XXVI, julio–diciembre, 11–28.

Burgos, C. (2011). "Música y narcotráfico en México. Una aproximación a los narcocorridos desde la noción de mediador". Barcelona: *Athenea digital*, 11(1), 97–110.

Burgos, C. (2013). "Studies in Latin American Popular Culture: Narcocorridos: antecedentes de la tradición corridística y del narcotráfico en México". *University of Texas Press*, (31), 157–183.

Finnegan, R. (2002). "¿Por qué estudiar la música? Reflexiones de una antropóloga desde el campo". Gran Bretaña: *Trans. Revista Transcultural de Música*, (6).

Flores, E. (2011) "Malverde: Exvotos, plegarias y corridos". *Revista Replicante*.

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*, trad. A. Garzón del Camino, Siglo XXI, Buenos Aires.

2017 fue el año más violento en la historia de México ¿cómo se compara eso con otros países de América? (2018). *CNN Español*. Recuperado de: <https://cnnespanol.cnn.com/2018/08/01/2017-fue-el-ano-mas-violento-en-la-historia-de-mexico-como-se-compara-eso-con-otros-paises-de-america/#0>

Hernández, P. (2012). "Las Juntas: donde migrantes y la Santa Muerte se encuentran". México: *Sinembargo.mx*.

Jiménez, E. (2014). "Mujeres, narco y violencia: resultados de una guerra fallida". Tlaquepaque, Jalisco. *Región y sociedad*. 26 (especial), 101-128.

Montero, J. (2014). "Historia del narcotráfico en México". *CONfines de relaciones internacionales y ciencia política*, México: Aguilar. 10 (19), 151–157.

Moreno, D., Burgos C., & Valdez, J. (2016). "Daño social y cultura del narcotráfico en México: Estudio de representaciones sociales en Sinaloa y Michoacán". *Mitologías hoy*, 14, 249–269.

Martí, J.(1995). "La idea de" relevancia social" aplicada al estudio del fenómeno musical". Sociedad Ibérica de Etnomusicología. *TRANS– Revista Transcultural de Música*.

Mbembe, A. (2006). *Necropolitics. Raisons politiques*, Madrid: Melusina (1), 29-60.

Núñez, G. (2017). "El mal ejemplo": masculinidad, homofobia y narcocultura en México". *El Cotidiano*, (202), 45.

Putnam, R., Leonardi, R., & Nanetti, R. (1993). *Making democracy work*: New Jersey: Princeton University Press.

Reina, E. (2018). "México atraviesa la época más sangrienta de su historia". *El País*. Recuperado de:
https://elpais.com/internacional/2018/07/30/mexico/1532975393_686143.html

Ríos, V. (2009). "¿Quién se vuelve narco y por qué? El Perfil del narcotraficante Mexicano". *Este País online*.

Rincón, O. (2009). "Narco. estética y narco. cultura en Narcolombia". *Nueva sociedad*, 222, 147–163.

Villarreal, H. (2010): "Narco. comentarios a la narcocultura narcomexicana". *Revista Replicante*. En <https://revistareplicante.com/narco. comentarios a la narcocultura narcomexicana/>

Villarreal, H. (2014): "Crónica de una Santa Muerte Anunciada". *Distopía*. En <https://hectorvillarreal.wordpress.com/2014/10/31/smuerte/>

Wald, E. (2001). *Narcocorrido: Un viaje dentro de la música de drogas, armas y guerrilleros*. Nueva York: HarperCollins.